

Lento y Seguro

No podía creerlo. Mi corazón latía a toda velocidad, mis piernas temblaban, mis ojos no querían arriesgarse a ver nada más. ¿Cómo era posible que todo esto hubiera pasado? ¿Por qué había acabado todo tan mal? Desearía poder reiniciar el día. Desearía volver a esta mañana, cuando comenzó todo.

Era un día normal, un día como cualquier otro. Mi alarma sonó a las 6 de la mañana como todos los días de la semana. La apagué con los ojos aún cerrados y lentamente me levanté. Me vestí tranquilamente, lave mis dientes, me bañé y me dirigí hacia la cocina. Preparé dos tazas de mate cocido e hice dos tostadas con manteca. Al terminar fui directo a la habitación de Julián, mi hermanito. Como me lo esperaba él ya estaba despierto y se cambiaba con mucha concentración. Desde la puerta delgadamente abierta, lo miré con ternura por unos segundos antes de entrar.

Cuando finalmente entré me miró con esa carita que yo tan bien conocía y sonrió. Lo ayude a terminar de cambiarse y luego lo acompañe al baño. Peine sus pelos rebeldes mientras que él se lavaba los dientes, parado sobre su banquito ya que todavía no llegaba a la pileta. Cuando terminó me miró contento con sus dientecitos brillantes, lo alcé sobre mis hombros y camine hasta llegar a la cocina. Aunque al principio se rehusó, lo baje en una silla para que pudiera desayunar. Encendí la radio y comimos escuchando las locamente graciosas historias del conductor del programa mañanero.

Terminamos de desayunar a eso de las 7 de la mañana y sin demasiado esfuerzo convencí a Juli de que era hora de irnos al colegio. Me puse las zapatillas y la campera, luego miré a mi hermano y morí de ternura. Estaba intentando atarse los cordones con mucho empeño. Aunque no nos sobraba el tiempo decidí enseñarle como se hacía. Le mostré en el zapato izquierdo y él lo hizo en el derecho, para ser la primera vez lo había hecho increíblemente pero por las dudas yo volví a atarlo con más fuerza. Julián se puso la campera y agarró su pequeña mochilita, ya estaba listo.

Salimos de casa y caminamos hasta el auto. Mi hermanito se subió en el asiento de atrás y me pidió que le pusiera el cinturón. Cuando terminé de hacerlo cerré la puerta y fui hacia el asiento del conductor. Encendí el motor y miré el reloj, eran las 7.20 a.m. Vivíamos a media hora de la escuela de Juli y de ahí tenía unos 15 minutos hasta llegar a la universidad. Tendría que apurarme si quería llegar a tiempo a mi primera clase a las 8 en punto.

Conduje por la ruta a 60km/h mientras escuchábamos sonar una linda canción en inglés, no sabía el nombre pero mi hermano parecía estar disfrutándola así que le subí un poco al volumen. Llegamos a la zona urbana y mi mente estaba en cualquier parte menos en la calle. Seguí manejando a 40km/h casi que inconscientemente mientras pensaba en el nombre de la canción, sentía que lo sabía pero no podía recordarlo. Lo tenía en la punta de la lengua cuando el semáforo enfrente de mí se puso en rojo. Julián, que es el niño más inteligente que conozco, me advirtió con un sonidito raro que la luz había cambiado pero en ese momento no llegué a entenderle. Lo siguiente sucedió tan rápido que no pude hacer nada para solucionarlo.

Miré a mi hermano por el espejo y él me señaló hacía adelante. Baje mi vista y en ese momento me di cuenta del grave error que había cometido. Vi el semáforo en rojo pero ya no tenía tiempo suficiente para frenar antes de la senda peatonal. Si no hubiera estado andando tan rápido quizás habría llegado a frenar justo a tiempo, pero no lo hice. Sin ya poder evitarlo atropellé a una mujer que cruzaba la calle de la mano de un niño.

No podía creerlo. Mi corazón latía a toda velocidad, mis piernas temblaban, mis ojos no querían arriesgarse a ver nada más. ¿Cómo era posible que todo esto hubiera pasado? ¿Por qué había acabado todo tan mal? Desearía poder reiniciar el día. Desearía volver a esta mañana, cuando comenzó todo. Desearía retroceder el tiempo unos minutos y bajar la velocidad del auto. Desearía haber ignorado la canción. Desearía haber prestado más atención. Desearía no haber lastimado a esas personas.

Luego del shock observé a Julián y vi que se encontraba bien. Estaba algo alterado por lo ocurrido pero nada malo le había pasado. Abrí la puerta del auto y me bajé rápidamente. Corrí hacia la mujer y la ayude a levantarse. Después miré al niño que ya se había parado sin ayuda y estaba abrazando a la que creo que era su madre con fuerza. Los analicé a ambos y comprendí que estaban bien, probablemente habrían estado mejor si nadie los hubiera atropellado pero no habían sufrido daños mayores. Por suerte Juli me había advertido y el golpe había sido leve. Hablé con la mujer un rato, Luciana resultó ser su nombre. Le pedí perdón y extrañamente decidió no hacerme una denuncia, aunque si me pidió que le prometiera no ir a tanta velocidad en la ciudad. Me despedí de ella y su hijo, subí al auto y observé a Julián.

- ¿Qué pasó hermano? - me preguntó él con su aguda vocecita.

- Casi arruino muchas cosas por un simple error Juli. Por suerte estabas vos para ayudarme. Muchas gracias hermanito. Solo quiero decirte una cosa y debes prometerme nunca olvidarla, ¿ok? - Julián asintió - Lo que pasó hoy nos enseña que es mejor ir lento y seguro, antes que apurarse y arruinar todo en el camino. Si alguna vez llegas a conducir, no dejes de prestar atención a la velocidad en la que vas, recuerda no superar los 30km/h. ¿Entendiste?

- Creo que si - respondió Juli.

- ¡Muy bien campeón! ¡Ese es mi hermanito inteligente!

FIN

Por Constanza Rosso